

LA VIRTUD DE LA PRUDENCIA

La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas. (CIC 1803)

Tras las meditaciones sobre las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, vamos a meditar sobre las llamadas virtudes cardinales. Hoy os propongo hacerlo sobre la virtud de la prudencia. Empezaré por un breve introducción, para recordar cómo el pueblo de Dios, en su diálogo con el mundo, da y recibe ayuda. Así lo enseña el Concilio Vaticano II:

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. (GS 45)

«Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces es trabado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más...» (PP 15) El ser humano fue creado bueno y capaz de realizar el bien. Después del pecado, su libertad quedó debilitada, pero no anulada. Como criatura de Dios, el ser humano es «capaz de Dios» y, por tanto, de la virtud. El Concilio Vaticano II enseña: debemos creer que el Espíritu, por caminos que escapan a nuestro control, conduce a todo hombre hacia la Pascua del Señor. (cf. GS 22) San Pablo exhortaba a sus comunidades: "Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta" (Flp 4, 8).

Platón, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, fundador de la Academia de Atenas, nació entre los años 428-427 a. C. Y murió sobre el 347 a. C., enseñó que la ciudad justa debía asentarse en «la prudencia, el valor (o fortaleza), la templanza y la justicia». Estas cuatro virtudes, llamadas luego «cardinales» o «principales» son, según este filósofo, el camino a seguir por el que desea ser «feliz a la vista o no de los dioses y de los hombres». (La Republica IV, 428). La fe del pueblo de Dios siempre estuvo abierta a las búsquedas de lo humanidad en el correr de la historia. La razón y la fe no se oponen.

Las *virtudes teologales* de la fe, la caridad y la esperanza, dan nuevo impulso y proyección a las llamadas *virtudes humanas*¹, a las *virtudes morales*, que, por otra parte, «disponen

¹Las *virtudes humanas* son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena.

El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien. Las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino. (CIC 1804)

Cuatro virtudes desempeñan un papel fundamental. Por eso se las llama "cardinales"; todas las demás se agrupan en torno a ellas. Estas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. "¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de sus esfuerzos, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza" (Sb 8, 7). Bajo otros nombres, estas virtudes son alabadas en numerosos pasajes de la Escritura. (1805)

todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino». En esta meditación vamos a centrarnos en la virtud de la prudencia. El Catecismo de la Iglesia Católica dice de ella lo siguiente:

La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. “El hombre cauto medita sus pasos” (Pr 14, 15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1 P 4, 7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe santo Tomás (Summa theologiae, 2-2, q. 47, a. 2, sed contra), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada auriga virtutum: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar. (DIC 1806)

Para Platón, la prudencia o «sabiduría práctica» afecta a todas las decisiones humanas. Se presenta como *el recto juicio* en orden a alcanzar el fin bueno para el hombre. Esta virtud, como el resto de las otras tres virtudes cardinales, es la base de una sociedad que busque realmente ser justa, vivir en paz y armonía.

La persona prudente trabaja para edificar la existencia según la voz de la conciencia recta y según las exigencias de la moral justa. La prudencia es clave para que cada uno realice su vocación y misión en el mundo, esto es, su perfección personal y la de la sociedad, ya que no hay perfección personal sin la perfección del nosotros. La prudencia permite elegir el camino adecuado para conseguir el fin bueno y deseable.

Platón argumenta que no son las leyes las que pueden hacer una sociedad justa, sino la educación. Los hombres prudentes son los verdaderos artífices de la sociedad justa. La proliferación de leyes es una prueba clara de la carencia de una auténtica prudencia, que es, ante todo sapiencia o sabiduría. La virtud de la prudencia se requiere y exige de modo especial en los que gobiernan la ciudad y, añadamos, la instituciones, incluidas las de la Iglesia. Aristóteles, discípulo de Platón, veía la prudencia como un hábito o capacidad, para indagar y actuar de acuerdo con lo que es bueno o malo para el hombre. Notemos: no se trata de discutir tanto sobre el fin, sino sobre el camino a seguir, para conseguir un fin.

El cristiano tiene el derecho y el deber de contemplar la virtud de la prudencia desde la perspectiva bíblica: del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, de la historia de la salvación, del destino último del ser humano, esto es, de la llamada a participar en la comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo². Es preciso suplicar la prudencia.

Por eso, supliqué y me fue dada la prudencia, invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría. La preferí a cetros y tronos y a su lado en nada tuve la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro ante ella es un poco de arena y junto a ella la plata es

² La virtud de la prudencia evoca la Providencia de Dios mismo en las dimensiones del hombre concreto. El designio de Dios es designio de salvación en la historia de la humanidad, que nos concierne a todos. En el punto central de su realización se encuentra Jesucristo, en el que se ha manifestado el amor eterno y la solicitud de Dios mismo, Padre, por la salvación del hombre. Es la expresión plena de la Divina Providencia. El hombre, en lo concreto de su vida, bajo la acción de la gracia, debe proveer debe discernir el camino a seguir hacia el objetivo que es el bien de lo creado. El que es imagen de Dios debe ser —como otra vez nos enseña Santo Tomás—, en cierto modo, la providencia. Pero en la medida de su propia vida. En la fe, la persona está llamada a tomar parte en el designio divino, para ayudarse y ayudar a otros a entrar en el plan de Dios. Dios ha querido salvarnos como pueblo.

como el barro. La quise más que a la salud y la belleza y la preferí a la misma luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Con ella me vinieron todos los bienes juntos, tiene en sus manos riquezas incontables. Disfruté de todos, porque la sabiduría los trae, aunque yo ignoraba que ella era su madre. Sin engaño la aprendí, sin envidia la comparto y no escondo sus riquezas; porque es un tesoro inagotable para los hombres: los que lo adquieren se ganan la amistad de Dios, pues los dones de la instrucción los recomienda. (Sab 7, 7-11)

El libro de la Sabiduría, escrito directamente en griego, entre los años 50-30 a. C., según los especialistas, presenta de forma explícita las cuatro virtudes cardinales como fruto de la sabiduría, siendo las más útiles para el ser humano.

[La sabiduría] se despliega con vigor de un confín a otro y todo lo gobierna con acierto. La amé y la busqué desde mi juventud y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura. Su intimidad con Dios realza su nobleza, pues el Señor de todas las cosas la ama. Está iniciada en la ciencia de Dios y es la que elige entre sus obras. Si la riqueza es un bien deseable en la vida, ¿hay mayor riqueza que la sabiduría, que lo realiza todo? Y si la inteligencia es quien lo realiza, ¿quién sino la sabiduría es artífice de cuanto existe? *Si alguien ama la rectitud, las virtudes son fruto de sus afanes, pues ella enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza: para los hombres no hay nada en la vida más útil que esto.* (Sab 8, 1-7)

El libro de los Proverbios, otro escrito tardío del Antiguo Testamento, al menos en algunas de sus partes, aun cuando se atribuya a Salomón, enseña cómo la sabiduría personificada habita con la prudencia.

Yo, la sabiduría, habito con la prudencia y busco la compañía de la reflexión. (Quien teme al Señor odia el mal). Detesto el orgullo y la soberbia, la mala conducta y la boca falsa; poseo el buen consejo y el acierto, más son la prudencia y el valor; por mí reinan los reyes, y los príncipes promulgan leyes justas; por mí gobiernan los gobernantes, y los nobles dan sentencias justas; yo amo a los que me aman, los que madrugan por mí me encuentran; yo traigo riqueza y honor, fortuna copiosa y prosperidad; mi fruto es mejor que el oro puro, y mi renta vale más que la plata; camino por sendero justo, por las sendas del derecho, para legar riquezas a mis amigos y colmar todos sus tesoros. (Prov 8, 12-21)

Santo Tomás, inspirándose en Aristóteles, ve la prudencia en la perspectiva de la elección del medio conveniente para lograr el fin debido³. Las demás virtudes cardinales, por tanto, han de estar regidas por la prudencia. Apoyándose en el texto de la Sabiduría que acabo de citar, el santo doctor enseña:

³ En la perspectiva bíblica, el hombre, criatura de Dios, recibe de su creador tanto el fin, como la luz y capacidad de encaminarse hacia él. «El Señor creó al ser humano de la tierra, y a ella lo hará volver de nuevo. Concedió a los humanos días contados y un tiempo fijo, y les dio autoridad sobre cuanto hay en la tierra. Los revistió de una fuerza como la suya y los hizo a su propia imagen. Hizo que todo ser viviente los temiese, para que dominaran sobre fieras y aves. *Recibieron el uso de las cinco operaciones del Señor, como sexta, les concedió participar de la inteligencia; y como séptima, la palabra intérprete de sus operaciones.* Discernimiento, lengua y ojos, oídos y corazón les dio para pensar. Los llenó de ciencia y entendimiento, y les enseñó el bien y el mal. Puso su mirada en sus corazones, para mostrarles la grandeza de sus obras, y les concedió *gloriarse por siempre de sus maravillas.* Por eso alabarán su santo nombre, para contar la grandeza de sus obras. Puso delante de ellos la ciencia, y les dejó en herencia una ley de vida, *para que piensen que los que ahora viven son mortales.* Estableció con ellos una alianza eterna, y les enseñó sus decretos. Sus ojos vieron la grandeza de su gloria y sus oídos oyeron su voz gloriosa. Les dijo: «Guardaos de toda iniquidad», y les dio a cada uno preceptos acerca del prójimo». (Eclo. 17, 1-14; Is 11, 2; Jer 10, 23; Lc 24, 45)

La prudencia es la virtud más necesaria para la vida humana. Efectivamente, vivir bien consiste en obrar bien. Pero, para que uno obre bien no sólo se requiere la obra que se hace, sino también el modo de hacerla, esto es, que obre conforme a la recta elección, y no por impulso o pasión. Mas como la acción es respecto de los medios para conseguir un fin, la rectitud de la elección requiere dos cosas, a saber: el fin debido y el medio convenientemente ordenado al fin debido. Ahora bien, respecto al fin debido, el hombre se dispone convenientemente mediante la virtud que perfecciona la parte apetitiva del alma, cuyo objeto es el bien y el fin; y respecto del medio adecuado al fin debido, necesita el hombre disponerse directamente mediante el hábito de la razón, ya que el deliberar y elegir, que versan sobre los medios, son actos de la razón. Por consiguiente, es necesario que en la razón exista alguna virtud intelectual que la perfeccione convenientemente respecto de los medios a elegir para la consecución del fin, y tal virtud es la prudencia. La prudencia, pues, es una virtud necesaria para vivir bien. (S. Theol., I-II, q. 57, a. 5)

Antes de presentar los puntos de esta meditación, con el fin de centrar la meditación y contemplación, quiero recordar, una vez más, un punto muy importante, puesto de relieve por el concilio Vaticano II. La vocación del hombre es una, la vocación divina⁴. Y esta vocación se ilumina en Cristo Jesús y a ella es conducido por la acción silenciosa, casta y constante del Espíritu Santo, que precede, acompaña y prosigue a la acción evangelizadora de la Iglesia.

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. [...]

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual. (GS 22)

I.- LA PRUDENCIA A LA LUZ DEL ANTIGUO TESTAMENTO

La virtud de la prudencia, en el Antiguo Testamento, aparece como un verdadero don de Dios, para llevar a cabo el fin querido y fijado por él mismo. Los libros sapienciales hablan de ella, con frecuencia, no así en los textos anteriores.

⁴ Las virtudes humanas adquiridas mediante la educación, mediante actos deliberados, y una perseverancia, mantenida siempre en el esfuerzo, son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. El hombre virtuoso es feliz al practicarlas. (CIC 1810)

Para el hombre herido por el pecado no es fácil guardar el equilibrio moral. El don de la salvación por Cristo nos otorga la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes. Cada cual debe pedir siempre esta gracia de luz y de fortaleza, recurrir a los sacramentos, cooperar con el Espíritu Santo, seguir sus invitaciones a amar el bien y guardarse del mal. (1811)

Las virtudes humanas se arraigan en las virtudes teologales que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (cf. 2 P 1, 4). Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino. (1812)

Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (cf. 1 Co 13, 13). (1813)

En el libro del Éxodo leemos: «El Señor habló a Moisés: «He llamado a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, y le he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría, de prudencia y de habilidad para toda clase de tareas» (Ex 31, 1-3). David pedía al Señor para su hijo Salomón prudencia y sensatez: «Que el Señor te conceda tan solo sensatez y prudencia, para que, cuando gobiernes a Israel, observes la ley del Señor, tu Dios». (1Cro 22, 12) Lo humano y lo divino no andan separados, se implican mutuamente.

La prudencia⁵ se presenta, por tanto, como la virtud para actuar de forma perseverante en la prosecución del fin fijado por Dios. El fin y los caminos a seguir para alcanzarlo los fija Dios. La prudencia tiene mucho que ver con la sabiduría, como se aprecia en un texto maravilloso del profeta Isaías, el profeta de la consolación, exaltando la grandeza y gloria únicas de Dios, tras el Exilio:

¿Quién ha medido el mar con el cuenco de sus manos y mensurado a palmos el cielo, o con una medida el polvo de la tierra? ¿Quién ha pesado en la báscula los montes y en la balanza las colinas? ¿Quién ha medido el espíritu del Señor? ¿Qué consejero lo ha instruido? ¿Con quién se aconsejó para comprender, para que lo instruyera en el camino del derecho, le enseñara el saber y le diera a conocer la prudencia? (Is 40, 12-14)

El profeta Baruc (s. III y II a.C.) se dirigía al pueblo de la alianza en estos términos: «Escucha, Israel, mandatos de vida; presta oído y aprende prudencia... ¡Abandonaste la fuente de la sabiduría!. Aprende dónde está la prudencia, dónde el valor y la inteligencia, dónde una vida larga, la luz de los ojos de la paz». Y denunciando el pecado como la causa de las desgracias de unos y otros, de grandes y pequeños, el profeta añade: «Pero Dios no los eligió ni les mostró el camino del saber; murieron por falta de prudencia, murieron por falta de reflexión». (Ba 3, 9.12-14.27-28) La virtud de la prudencia permite elegir el camino justo para encaminarse hacia la meta fijada por Dios. Es «la sabiduría práctica».

El libro de los Proverbios denuncia reiteradamente la necedad y recalca la importancia de la prudencia: «Quien deja el camino de la prudencia habitará en compañía de los muertos». «El malvado aparenta seguridad, el honrado está seguro de lo que hace. No hay sabiduría ni prudencia ni consejo contra el Señor. Se prepara al caballo para el combate, la victoria la concede el Señor». (Prov 21, 16.29-31) «Quien adquiere sensatez se ama a sí mismo, quien actúa con prudencia encuentra la dicha.» (Prov 19, 8) En el libro de la Sabiduría encontramos esta sugerente afirmación:

El justo, aunque muera prematuramente, tendrá descanso. Una vejez venerable no son los muchos días, ni se mide por el número de años, pues las canas del hombre son la prudencia y la edad avanzada, una vida intachable. (Sab 4, 7-9)

No debe confundirse la prudencia ni con la táctica ni con el calculo, para conseguir el fin que uno se propone. El fin nos es dado por Dios; y también la prudencia, para saber elegir el camino adecuado y justo, en los acontecimientos grandes o pequeños de la vida, para alcanzar el fin que Dios nos fija, teniendo cuenta de la vocación y el carisma que su Espíritu nos regala.

Hijo mío, si aceptas mis palabras, si quieres conservar mis consejos, si prestas oído a la sabiduría y abres tu mente a la prudencia; si haces venir a la inteligencia y llamas junto a ti a la prudencia; si la procuras igual que el dinero y la buscas lo mismo que un tesoro,

⁵ (PHRONËSIS: Prudencia, discernimiento, saber hacer, habilidad, sabiduría, lucidez, sensatez, sagacidad.... etc. PHRONIMOS: Avisado, sensato, sabio, razonable, reflexivo, hábil, sagaz... etc.)

comprenderás lo que es temer al Señor y alcanzarás el conocimiento de Dios. Porque el Señor concede sabiduría, de su boca brotan saber e inteligencia; atesora acierto para el hombre recto, es escudo para el de conducta intachable; custodia la senda del honrado, guarda el camino de sus fieles. Entonces podrás comprender justicia, derecho y rectitud, el camino que lleva a la felicidad: la sabiduría penetrará en tu mente y te agradará el saber. La perspicacia cuidará de ti, la prudencia te protegerá; te librerá del mal camino, del hombre perverso, que abandona la senda recta para ir por caminos tenebrosos; que goza haciendo el mal, complacido en sus perversas ideas; que va por rumbos tortuosos y sigue caminos extraviados. Te librerá de la mujer extraña, de la desconocida seductora, que abandonó al amigo de su juventud y olvidó la alianza de su Dios. Su casa se ladea hacia la muerte, sus sendas hacia la tierra de las sombras. Los que entran allí no vuelven, no dan con la senda de la vida. Sigue, pues, el buen camino, imita la conducta del honrado, pues los rectos habitarán la tierra y los íntegros permanecerán en ella; pero los malvados serán arrancados, los canallas, extirpados de ella. (Prov 2, 1-22)

El salmista medita, canta y suplica asiduamente la sabiduría y prudencia, para comprender y andar los caminos de Dios, ya que son los únicos que conducen a la plenitud de vida y felicidad, que Dios quiere para los seres humanos. El salmista pide aprender la prudencia.

Has dado bienes a tu siervo, Señor, con tus palabras; enséñame la bondad, la prudencia y el conocimiento, porque me fío de tus mandatos; antes de sufrir, yo andaba extraviado, pero ahora me ajusto a tu promesa. Tú eres bueno y haces el bien; instrúyeme en tus decretos; los insolentes urden engaños contra mí, pero yo custodio tus mandatos de todo corazón. (Sal 118 (119), 65-69; cf. Sal 49)

II.- LA PRUDENCIA DE LOS DISCÍPULOS Y SERVIDORES DEL EVANGELIO

En el himno de la carta a los Efesios, el apóstol afirma cómo el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo ha establecido y revelado, con sabiduría y prudencia, su designio de recapitular todas las cosas en Cristo:

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. En él hemos heredado también los que ya estábamos destinados por decisión del que lo hace todo según su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria quienes antes esperábamos en el Mesías. En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad —el evangelio de vuestra salvación—, creyendo en él habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido. Él es la prenda de nuestra herencia, mientras llega la redención del pueblo de su propiedad, para alabanza de su gloria. (Ef 1, 3-14)

La virtud de la prudencia, para nosotros los creyentes, consiste, por tanto, en participar de la sabiduría y prudencia de Dios, que nos revela el fin al que estamos destinados y al que podemos encaminarnos por su gracia y benevolencia. ¡Tenemos un Dios sabio y prudente! ¿Lo pensamos? ¿Nos dejamos conducir por su sabiduría y prudencia?

El plan de Dios de recapitular todas las cosas en Cristo es, en última instancia, lo que debe determinar en todo lugar y momento nuestras decisiones. La virtud de la prudencia, en la óptica de la fe, del amor y la esperanza, no puede equipararse simplemente con lo razonable a los ojos de la cultura imperante. Con razón se ha dicho: los razonamientos impiden la vivencia del Evangelio en su radicalidad.

La cultura, conviene insistir en ello, debe ser evangelizada, pues de otra forma, como enseña la historia, la verdad y novedad del Evangelio de Dios tienden a diluirse y quedar como eclipsadas. La conocida afirmación, según la cual, la virtud consiste en el medio, no se adecua bien con el sentido de la prudencia evangélica. En la perspectiva bíblica, la prudencia no puede limitarse a lo correcto en el plano cultural, social, político o religioso. La sabiduría y prudencia que guían al creyente a la felicidad, a su plenitud, viene determinada por el Evangelio del reino de Dios. Así lo atestigua un breve recorrido por el Nuevo Testamento.

Los evangelistas relatan cómo Jesús instruyó a los Doce cuando los envió a proclamar la llegada del reino de Dios. Escuchemos:

Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces (prudentes) como serpientes y sencillos como palomas. Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán. Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará. (Mt 10, 16-22)

Los discípulos enviados en misión deben avanzar conscientes de que van a encontrar dificultades en el camino. Durante el desarrollo de la misión se verán obligados a conjugar la prudencia con la sencillez. Una prudencia que comporta, en efecto, inteligencia y sagacidad (cf. Lc 16, 8), para saber situarse en el mundo. La misión, como vida evangélica, tiene sus riesgos y no pueden rehuirse llegado el momento. La prudencia de la carne y la prudencia evangélica son muy diferentes. Leo lo que san Francisco de Asís escribía en la carta a los fieles.

No debemos ser sabios y prudentes según la carne, sino más bien sencillos, humildes y puros. Nunca debemos desear estar por encima de los demás, sino, al contrario, debemos, a ejemplo del Señor, vivir como servidores y sumisos a toda humana creatura, movidos por el amor de Dios. El Espíritu del Señor reposará sobre los que así obren y perseveren hasta el fin, y los convertirá en el lugar de su estancia y su morada, y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras imitan; ellos son los esposos, los hermanos y las madres de nuestro Señor Jesucristo. (San Francisco de Asís, carta dirigida a los fieles)

El servidor del Evangelio no debe ser pretencioso, sino pobre y humilde. Es la condición, aunque la cultura y el máquetin no lo entiendan y lo juzguen locura, si quiere permanecer en la recta perspectiva del servidor fiel y prudente del Evangelio.

¿Quién es el criado fiel y prudente, a quien el señor encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Bienaventurado ese criado, si el señor, al llegar, lo encuentra portándose así. En verdad os digo que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros: "Mi señor tarda en llegar", y empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos

se lo espera, llegará el amo y lo castigará con rigor y le hará compartir la suerte de los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. (Mt 24, 45-51; cf. Lc 12, 35-48)

El servidor del evangelio, por otra parte, debe actuar con la conciencia de ser «siervo inútil», pero nos resistimos a ello. Lo sabemos y decimos, pero nos molesta, cuando alguien nos lo recuerda. Nadie estamos a la altura de la misión (cf. 2Cor 2, 14ss). La toma de conciencia de esta verdad forma también parte de la auténtica prudencia y sencillez.

¿Quién de vosotros, si tiene un criado labrando o pastoreando, le dice cuando vuelve del campo: “Enseguida, ven y ponte a la mesa”? ¿No le diréis más bien: “Prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú”? ¿Acaso tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “**Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer**”». (Lc 17, 7-10)

En la parábola de las vírgenes prudentes y necias, Jesús enseña que la vigilancia y previsión forman también parte de la verdadera prudencia. El Señor llega de improviso. No sabemos ni el día ni la hora. (cf. Mt 25, 1-13) Necio es quien no se dispone de forma conveniente para afrontar el tiempo de la espera y la prueba.

San Pablo, escribiendo a sus comunidades, insiste en ciertas dimensiones de la prudencia, que son indispensables para vivir y mantener la comunión, una real fraternidad. No es prudente el que se engríe y sí lo es quien se pone al nivel de los humildes. El que se engríe se sitúa al margen del diseño de Dios, ni es prudente ni sabio.

Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio (secreto), para que no os engríais (tengáis por sabios, prudentes): el endurecimiento de una parte de Israel ha sucedido hasta que llegue a entrar la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo, como está escrito: *Llegará de Sión el Libertador; alejará los crímenes de Jacob; y esta será la alianza que haré con ellos cuando perdone sus pecados.* (Rom 11, 25-27)

Y un poco más adelante, el apóstol añade:

Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros (vivid en mutua concordia), sin pretensiones de grandeza (no aspiréis a grandezas), sino poniéndoos al nivel de la gente humilde. No os tengáis por sabios. (Rom 12, 16)

En la carta dirigida a la comunidad de Corinto, Pablo plantea la cuestión de la prudencia y necesidad de forma irónica frente a los que buscaban, según los criterios del mundo, acrecentar el prestigio y reconocimiento de la comunidad cristiana frente a las otras comunidades religiosas de la rica y culta sociedad de Corinto. Para comprender la ironía de Pablo, no perdamos de vista cómo los griegos y judíos (cf. 1Cor 1, 18ss) consideraban necesidad y debilidad «la palabra de la cruz», la predicación del Crucificado; y esto sigue sucediendo hoy también entre nosotros aun cuando por razones diferentes. Escuchemos la palabra del apóstol apostrofando a la comunidad.

Nosotros por Cristo somos locos, vosotros por Cristo prudentes (sensatos en Cristo); nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros célebres (estimados), nosotros despreciados; (1Cor 4, 10)

Ante las divisiones de la comunidad, Pablo trataba de razonar con los fieles como gente prudente. El prudente se presupone que es razonable y entendido, con capacidad para

pensar y seguir el camino de la sabiduría. La comunidad cristiana tiene que aprender a reflexionar y discernir, a fin de andar por los caminos de Dios.

Así pues, queridos, huid de la idolatría. Os hablo como a personas sensatas (entendidas, razonables, prudentes); juzgad vosotros lo que digo (juzgad por vosotros mismos). El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan. (1Cor 10, 14-17)

Los cristianos, personalmente y en comunidad, estamos llamados a progresar con prudencia y sensatez, con la sabiduría y fuerza de Dios, sin dejarse seducir por lo sensato y razonable según el mundo.

Vuelvo a decirlo: que nadie me tenga por insensato (loco, necio); y si no, aceptadme aunque sea como insensato (loco, necio), para que pueda gloriarme un poquito yo también. Dado que voy a gloriarme, lo que diga no lo digo en el Señor, sino como quien dispara (Lo que voy a decir, en apoyo de mi presunción, no me lo dicta el Señor, sino la necedad, en plena locura). Puesto que muchos se glorían de títulos humanos, también yo voy a gloriarme. Pues vosotros, que sois sensatos, soportáis con gusto a los insensatos (necios, que han perdido la razón): si uno os esclaviza (tiraniza), si os explota, si os roba, si es arrogante, si os insulta, lo soportáis. Lo digo para vergüenza vuestra: ¡Cómo hemos sido nosotros tan débiles! Pero a lo que alguien se atreva –lo digo disparando (como un loco, como un necio–, también me atrevo yo». (2Cor 11, 16-21)

Hoy como ayer y mañana, si se desea llevar a cabo «el designio del Dios sabio y prudente» «de recapitular todas las cosas en Cristo», es decisivo que existan hombres y mujeres que arriesguen sus vidas, que aparezcan a los ojos del mundo como insensatos, necios y locos. ¡No perdamos nunca de vista que la vocación del hombre es la divina! ¡La misión de la Iglesia es servir la verdadera dignidad filial del hombre en el mundo! ¡La Iglesia sirve realmente al hombre en la medida que le ayuda vivir su vocación divina!

III.- PRUDENTES Y SENCILLOS

Antes de presentar cómo ser prudentes y sencillos, teniendo en cuenta nuestra vocación y misión de consagrados en la secularidad, unos consejos de la filosofía para ser prudente.

Memoria como experiencia, intelección como visión clara de la situación, docilidad para seguir el consejo, prontitud en la ejecución, ser juicioso y razonable, providencia que quiere decir «previsión» y «provisión», circunspección que implica atenta consideración de todas las circunstancias, precaución y cautela, rápida comprensión de las relaciones de acuerdo con las leyes de la causalidad y motivación.

«Las casualidades son las formas que tiene Dios de mantenerse en el anonimato» (Albert Einstein)

Como agraciados con el carisma de la secularidad consagrada, estamos llamados a la autocrítica, esto es, a interrogarnos cómo vivimos las palabras de Jesús dirigidas a los discípulos enviados en misión: «Sed prudentes (sagaces) como serpientes y sencillos como palomas». Según el Evangelio de la gracia, la persona prudente no es ni desconfiada, ni apocada, ni ingenua. La persona sencilla no se confunde con la persona simplista. Hoy, como en tantos momentos de la historia de la Iglesia, nos cuesta entender esta ley de la misión: El testigo de la verdad, a pesar de él, provocará conflictos. Jesús fue signo de

contradicción y lo han sido y lo serán los que caminan tras sus huellas. «Un discípulo no es más que su maestro... Ya le basta al discípulo ser como su maestro» (Mt 10, 24-25)

Por otra parte, Jesús, al final «del Sermón del monte», enseña, con claridad meridiana, la diferencia existente entre el hombre prudente y el necio. «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre la roca... El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena». Antes ha recalcado Jesús: no basta con decir «Señor, Señor», para entrar en el reino de Dios. Y continúa con unas palabras tremendas: «Entonces yo les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad”». (Mt 7, 13-29) Pasemos ahora a concretar un poco cómo vivir lo que venimos reflexionando, de acuerdo con el carisma que el Espíritu nos ha concedido.

1.- Prudentes y sencillos en línea profética.

La persona prudente se caracteriza tanto por su manera de guardar silencio, como por su manera de hablar. Sabe callar y escuchar a Dios en las Escrituras y en la vida de los hombres, pues el Espíritu habla también a través de la vida de los hermanos, aun cuando no sean conscientes de ello. La palabra profética brota de la escucha de Dios y de los hombres. Para tener labios de discípulo, que hagan saber una palabra de aliento a los abatidos, es necesario tener oído de discípulo, atento a Dios y a los hombres (cf. Is 50, 4-9). Esto exige vivir descentrado de uno mismo; y no ser un simple repetidor de doctrinas. Es la condición para hacer resonar en nuestro mundo la Palabra hecha carne.

El siervo, además, como un auténtico profeta, debe comunicar, con parresía y sencillez, lo que Dios le da a conocer en la escucha. No busca imponer. Ofrece la verdad que libera y recrea la esperanza del pueblo. Con respeto y delicadeza da razón de su esperanza, a los que ama en Cristo Jesús. Respeta las opiniones de los demás. Sabe distinguir entre lo accesorio y lo esencial. Porque ama no quiere que el otro ignore el camino de la vida plena y libre. Si se siente rechazado, continúa amando y acompañando al hermano de camino. El verdadero profeta permanece siempre solidario de su pueblo, acepta correr la suerte de los que le rechazan.

No se trata de dar lecciones, pero sí de dar testimonio al filo de los acontecimientos del camino que estamos recorriendo juntos como criaturas de Dios, como hombres y mujeres recreados en Cristo. En el silencio y la palabra lo que realmente cuenta es que seamos cada día más conscientemente testigos del plan divino de recapitular todo en Cristo.

2.- Prudentes y sencillos en el hacer.

La persona prudente y sencilla ni es temeraria ni apocada; y esto es también válido para la comunidad. Se entrega de manera pronta e incondicional a lo que entiende que el Señor quiere realizar a través de ella. No busca cosas que le superen, pero sostenido por la gracia de Dios no rehúye lo que se le pide. Estamos llamados a vivir la audacia de los humildes, de los que se entregan al poder de la palabra de Dios, de los que se dejan hacer y recrear por ella, como lo hiciera María: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

Esto supone asumir, con todas sus consecuencias, nuestra condición de «colaboradores de Dios», de ser llamados a trabajar en su obra, de acuerdo con la gracia recibida. Ahora bien, esto no puede hacerse sin suscitar una cierta conflictividad, pues en el campo de Dios el

trigo y la cizaña crecen entremezclados. La lucha también forma parte del advenimiento del reino de Dios en la historia.

No a la moral de situación, pero sí a tener en cuenta las diferentes situaciones en las que estamos llamados a vivir la fe, a dar testimonio con nuestras vidas y palabras. No a buscar seguridades ni a ser apocado. Sí a la audacia de los humildes que corren con alegría los riesgos inherentes a la misión. La prudencia nos permite reaccionar de un modo sencillo y armonioso. La prudencia nos capacita para caminar hacia la meta, con la seguridad de quien ha puesto su confianza en el Señor.

3.- Prudentes y sencillos en el estilo de vida.

La secularidad consagrada exige un estilo de vida, que viene determinado por la presencia y acción en medio del mundo. Se trata de vivir en la lógica y dinámica del misterio de la encarnación de acuerdo con las exigencias propias del servicio que cada persona tiene en la sociedad y en la Iglesia. Ahora bien, esto conlleva un verdadero discernimiento en las comunidades fraternas de nuestros Institutos.

Debemos ayudarnos a contentarnos con lo necesario, a llevar una vida pobre de acuerdo con las bienaventuranzas del reino de Dios. No se trata de copiar la vida religiosa, pero sí debemos estar atentos e interrogarnos de forma regular, a fin de encontrar un real equilibrio de vida y, ante todo, una verdadera unidad de vida. Una unidad de vida que se teje no tanto en torno a una agenda, cuanto en la búsqueda constante de la voluntad de Dios en todo lo que somos y hacemos. Al pobre y humilde en sus estilo de vida, se le reconoce de inmediato.

Un estilo de vida pobre es muy necesario, junto con la caridad de las palabras y de las obras, para llevar adelante la nueva evangelización en nuestros países ricos, en particular, para evangelizar a los pobres, así como, para la vivencia de una verdadera solidaridad.

4.- Prudentes y sencillos en la amistad.

La amistad verdadera, se ha dicho con toda verdad, es propio de las almas grandes. La amistad es, sin duda alguna, un gran regalo de Dios. Los santos han sido personas que han contado con amigos y amigas, con los que han compartido sus alegrías y pruebas.

Puesto que el Señor nos ha elegido para ser sus amigos y amigas, una amistad es verdadera si nos ayuda a vivir más plenamente la vocación y misión que el Señor nos regala en la Iglesia. No somos prudentes si la amistad nos conduce a relajar la amistad y entrega al Señor. No somos sencillos si la amistad crea una dependencia malsana, que nos repliega sobre nosotros en lugar de abrirnos a los demás. Quien vive la amistad en Cristo será cada día más católico, más abierto, más transparente. Es un verdadero combate. Para llevarlo adelante necesitamos de la gracia del Señor, pues somos débiles. La amistad es una gracia que necesita ser cultivada con prudencia y sencillez.

5.- Prudentes y sencillos en la comunión y misión eclesial.

Puesto que hemos recibido nuestra vocación en la Iglesia y al servicio de su misión en el mundo, muy importante vivir el misterio de la Iglesia, misterio de comunión y misión, con una gran sencillez y prudencia.

La Iglesia de Dios, en efecto, es mucho más que una institución religiosa. Es el icono de la comunión trinitaria y de la misión del Hijo en el Espíritu Santo de verdad, santidad y comunión. Esto lo saben y viven los prudentes y sencillos. Sirven desde el último lugar, evitan el protagonismo y trabajan con humildad, para que todos colaboren de acuerdo con la gracia recibida. La comunión pide dar espacio al otro, para que pueda hacer fructificar los dones recibidos en favor de los demás. ¡Por una Iglesia sinodal!

Los prudentes y sencillos no esconden la luz debajo del celemín, pero tampoco tratan de eclipsar. Se saben complementarios de los demás en la obra de Dios. Aportan con sencillez sus dones, valoran los dones de los otros, de modo que gozan y se enriquecen con los carismas de los demás. Vivir la responsabilidad y corresponsabilidad, el caminar junto con los otros, requiere prudencia y sencillez, mansedumbre y humildad.

En esta perspectiva, meditemos las palabras de Jesús dirigidas a los celosos apóstoles Juan y Santiago y la súplica del apóstol Pablo a la comunidad de los filipenses:

Entonces Juan tomó la palabra y dijo: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no anda con nosotros». Jesús le respondió: «No se lo impedáis: el que no está contra vosotros, está a favor vuestro».

Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?». Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea. (Lc 9, 49-56; No sabéis de que Espíritu sois)

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. (Flp 2, 1-5)

He aquí algunas preguntas para un posible examen de conciencia. ¿Soy prudente? ¿Vivo consecuentemente y responsablemente? ¿Cómo organizo mi vida al servicio del bien común y personal? ¿Contribuimos con sencillez y humildad a la misión que el Señor ha confiado a la Iglesia en el mundo? ... etc.

Y para concluir, releo un texto significativo de la Regla monástica mayor de san Basilio Magno, sobre la virtud o virtudes en general.

«Digamos en primer lugar que Dios nos ha dado previamente la fuerza necesaria para cumplir todos los mandamientos que él nos ha impuesto, de manera que no hemos de apenarnos como si se nos exigiese algo extraordinario, ni hemos de enorgullecemos como si devolviésemos a cambio más de lo que se nos ha dado. Si usamos recta y adecuadamente de estas energías que se nos han otorgado, entonces llevaremos con amor una vida llena de virtudes; en cambio, si no las usamos debidamente, habremos viciado su finalidad.

En esto consiste precisamente el pecado, en el uso desviado y contrario a la voluntad de Dios de las facultades que él nos ha dado para practicar el bien; por el contrario, la virtud, que es lo que Dios pide de nosotros, consiste en usar de esas facultades con recta conciencia, de acuerdo con los designios del Señor».